

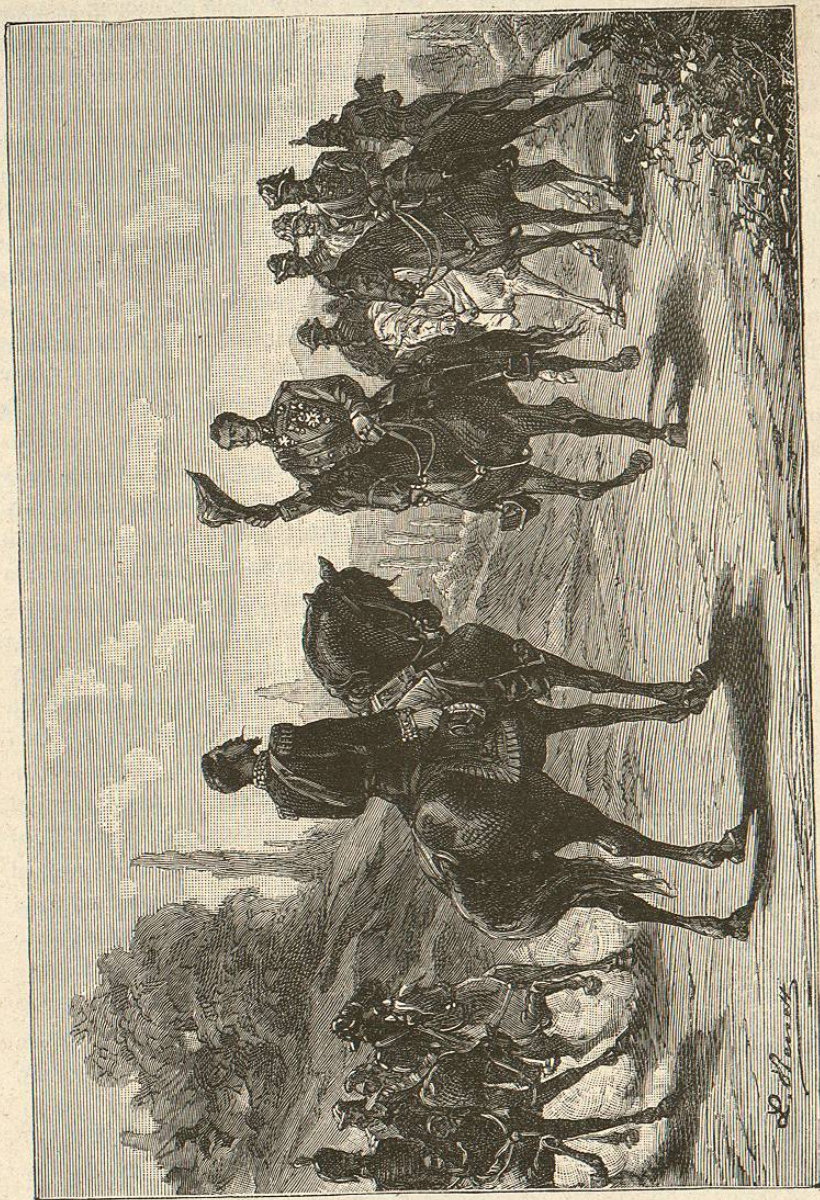
## LA ENTREVISTA DE VILLAFRANCA

Habiendo ido el príncipe Alejandro de Hesse al cuartel general francés á conferenciar con Napoleón III, se supo que los dos monarcas se verían en la mañana del 11 de julio.

El general Fleury escribía el 10 á su esposa: «Creo que si el joven emperador de Austria ha accedido á la entrevista ha sido porque acepta las bases de las negociaciones. Esto, pues, significa la paz, el regreso del ejército de aquí á poco tiempo. La noticia es de gran importancia; es el efecto teatral de la moderación..... El emperador parece muy contento y todo el mundo también. Así es que ya no nos da en qué pensar la política. Lo principal está hecho y por tanto ya no nos incumbe. Te contaré lo mejor que me sea posible el resultado de la entrevista de mañana. Allí vamos todos los individuos del cuarto militar con dos escuadrones, uno de los cien guardias y otro de guías. Figúrate si nos prepararemos á ponernos guapos.» El general, que había sido coronel del regimiento de guías, añadía: «¡Mis pobres guías que no han tenido ocasión de dar una carga! Lo siento doblemente, primero porque no he podido lograr que Mirandole ascendiera á general, luego porque no he visto que mis muchachos alcanzasen alguna gloria.»

En la noche del 10 al 11, Francisco José envió á Valeggio al joven príncipe de Hohenlohe, uno de sus ayudantes de campo, para decir á Napoleón III que designara él mismo el traje con que SS. MM. y sus dos Estados mayores acudirían á la entrevista, así como el número y composición de sus escoltas. Quedó convenido que los monarcas y sus cuartos militares irían en traje de campaña y sus escoltas de gala. Los emperadores deberían estar en Villafranca á las nueve de la mañana del día 11.

11 de julio. — Napoleón III sale de Valeggio á caballo, acompañado del mariscal Vaillant y de su escolta. A las nueve llega á Villafranca, y como el emperador Francisco José todavía no se encuentra allí, Napoleón sigue adelante en dirección de Verona, queriendo por cortesía ir más allá del punto de la cita y salir al encuentro del emperador de Austria. Después de andar cosa de un kilómetro, vió á Francisco José que, como él, se acercaba al galope. Los monarcas se detienen, y después de saludarse militarmente, se dan la mano. Napoleón III, con el tacto habitual en él, se coloca á la izquierda del emperador de



ENTREVISTA DE LOS DOS EMPERADORES EN VILLAFRANCA

Austria, y ambos, acompañados de sus estados mayores y de sus escoltas, se encaminan á Villafranca. Llegados á la calle mayor de la población, se apean del caballo y suben al primer piso de una casa propia del Sr. Gaudini Morelli, donde se les ha preparado un saloncito. Las escoltas se forman en batalla en la calle á derecha é izquierda de la puerta de entrada.

Tal vez no haya habido otra entrevista tan importante como aquella desde la celebrada en Tilsitt entre Napoleón I y Alejandro I. De lo que se digan Francisco José y Napoleón III, de la impresión que mutuamente se produzcan, resultará la paz ó nuevas hecatombes, tal vez una conflagración general que se extienda á la mayor parte de Europa. Los emperadores entablan la conferencia con todo sosiego y cortesía, cual dos perfectos caballeros. El uno cumplirá veintinueve años el 18 de agosto; el otro ha cumplido cincuenta y uno el 20 de abril. Ambos han empuñado las riendas del gobierno en el mismo mes y año: uno subió al trono el 2 de diciembre de 1848, otro fué elegido presidente de la República el 10. Los dos tienen ya larga experiencia de los hombres y de las cosas, dolorosa en ciertos momentos, y los dos han hecho en su carrera penosas reflexiones sobre los caprichos de la suerte y las responsabilidades del rango supremo. Napoleón III no se presenta con el aire y el tono de vencedor: en su lenguaje no hay nada que parezca amenaza ó ultimátum. Le conmueven la juventud, las desgracias y la dignidad de su interlocutor, á quien en aquel momento debe parecerle el cetro bien pesado. Francisco José, por su parte, queda sorprendido por la dulzura del acento de Napoleón, por la afabilidad y la bondad que se retratan en su semblante. El emperador de los franceses no dicta condiciones; se limita á formular deseos, y propone la cesión de Lombardía á Cerdeña, la creación de un reino de Venecia bajo el cetro de un príncipe austriaco, el establecimiento de una Confederación italiana bajo la presidencia del Papa, la introducción de reformas en los Estados pontificios, y en fin, un Congreso para arreglar las cuestiones de detalle. «Deseo la paz, dijo entonces el monarca austriaco, y voy á dar á V. M. una prueba de confianza indicándole el límite de las concesiones que puedo hacer.... He perdido la Lombardía, pero no se la daré á Cerdeña: todo cuanto puedo hacer es cedérsela á Francia, que hará de ella lo que quiera. En cuanto al Véneto, lo ocupo todavía y no puedo abandonar lo que no ha sido conquistado; pero conozco que se han de introducir allí grandes mudanzas, y bajo mi cetro el Véneto quedará no tan sólo contento, sino feliz.»

Napoleón III no ha conquistado el Véneto; ni siquiera lo ha invadido, por lo cual no puede insistir, y se limita á proponer en principio que el Véneto forme parte de la Confederación italiana bajo la corona del emperador de Austria. Francisco José no opone objeción absoluta á esta Confederación cuya presidencia se confiaría al Padre Santo, pero no se fijaron los detalles de su organización. Consiente también en unirse á Francia para pedir reformas al Papa, si quiera formulando algunas dudas acerca de la urgencia y del modo de ponerlas

en práctica. Hay sin embargo una cosa en la que manifiesta empeño, y es la reintegración en sus Estados del gran duque de Toscana y del duque de Módena, asociados ambos á su suerte. Los dos príncipes son archiduques de Austria, y el sostenerlos es punto de honor para S. M. Imperial y Real apostólica. Napoleón III parece comprenderlo y promete hacer cuanto esté de su parte por que los dos príncipes continúen en sus Estados, concediendo una amnistía general y una constitución. Pero ¿cuál será el carácter de la intervención de los dos emperadores? ¿Debe ser puramente platónica ó llegará en caso necesario hasta á hacer uso de la fuerza? Insistir acerca de este punto, sería quizás poner en peligro el resultado de la entrevista. Nada quedó, pues, precisado. Los soberanos se declaran satisfechos de haber trazado las líneas principales de su concordia. Por el momento no piden nada más. Ante ellos había una mesa con papel, plumas y tintero, pero no escribieron nada, fiando en su buena fe y en su memoria. La entrevista no ha llegado á durar una hora.

Después de salir de la casa donde acaban de conferenciar, Francisco José y Napoleón se presentan mutuamente los oficiales de su cuarto militar. El monarca francés se muestra muy atento con el feldmariscal barón de Hess que, nacido en 1788, es un veterano del ejército austriaco.

Como Napoleón III, Francisco José no lleva por escolta más que dos escuadrones, uno de gendarmes de la corte y otro de uhlanos. El emperador de los franceses los revista y confiesa que son magníficos. El emperador de Austria, después de revistar el escuadrón de cien guardias y el de guías, hace de ellos grandes elogios.

El general Fleury ha escrito en sus *Recuerdos*: «Sospecho que en Francia no se volverán á ver tropas tan soberbias. Un nivel democrático pasa por todos los uniformes del ejército. Infantería, caballería, ingenieros, todo acaba por parecerse. Casi no se echa de ver que, so pretexto de simplificación en las contratas de vestuario, nuestros ministros de la Guerra — que se cambian todos los años — destruyen así el espíritu de cuerpo, ese amor propio del regimiento que, en un momento dado, engendraba prodigios.»

Queriendo Francisco José mostrarse tan cortés con Napoleón como éste se había mostrado con él saliendo á su encuentro más allá de Villafranca, por el camino de Verona, acompañóle cosa de un kilómetro por el camino de Villafranca á Valeggio. Los emperadores se despidieron amistosamente; de suerte que en el momento en que tantas víctimas acababan de ser arrojadas á las fosas comunes de los combatientes de los tres ejércitos, en el momento en que un gran número de enfermos y heridos padecían y morían en los hospitales donde estaban amontonados, los dos monarcas autores de la guerra se daban amistosamente la mano.

Al regresar á Veggio, Napoleón III encontró á Víctor Manuel, á quien contó todo cuanto acababa de pasar. La brusca solución que no realizaba más que la mitad de las esperanzas del rey era para él una gran decepción. Pero aquel monarca, muy listo y hábil bajo su ruda corteza, era sobrado político para tratar de evitar lo inevitable. No hizo objeción ni recriminación alguna á su poderoso aliado, y se limitó á decirle: «Cualquiera que sea la decisión de V. M., estaré eternamente agradecido al emperador por cuanto ha hecho por la causa de la independencia italiana, y en toda circunstancia puede contar con mi fidelidad.»

En Villafranca no se había escrito nada. Napoleón III tomó en Veggio un papel en el cual extendió las condiciones que, si no le era infiel la memoria, se habían convenido entre él y el emperador de Austria, y encargó al príncipe Napoleón que llevara aquel papel á Verona y se lo devolviera firmado por Francisco José. No era ya una simple formalidad, y Napoleón III temía que surgiesen dificultades cuando ya no se trataba de una conversación, sino de un compromiso escrito.

En París era costumbre tildar al primo del emperador por sus procederes demasiado democráticos. En el extranjero se mostraba siempre muy correcto, y cuando trataba con reyes ó príncipes, no había nada que censurar en sus modales ni en su lenguaje. Además era hombre inteligente, despejado, muy conocedor de las prácticas diplomáticas y de todos los usos de las Cortes. Al designarle el emperador para la importante y delicada misión que le confiaba, hacía una cosa grata para Víctor Manuel, que, conociendo las ideas y los sentimientos de su yerno con respecto á Italia, sabía muy bien que el príncipe haría todo cuanto pudiera por ella.

El tiempo apremiaba. Como lo ha escrito el mariscal Moltke en su historia de la campaña de Italia de 1859, «Prusia estaba completamente armada; había quedado terminada la movilización de los dos tercios de sus fuerzas militares; el resto estaba en pie de guerra. Las tropas marchaban ya á los primeros puntos de concentración, y no era ya un misterio que el 15 de julio debía empezar el transporte de los soldados por ferrocarril hacia el Rhin y que en poco tiempo se reuniría en sus orillas un ejército de doscientos cincuenta mil hombres y que

los contingentes de los demás Estados alemanes estaban prontos á unirse á ellos.»

El príncipe Napoleón, francés y Bonaparte por parte de padre, pero alemán por su madre, hija del primero de los reyes de Wurtemberg, conocía perfectamente la Alemania, donde se había criado, y sabía todo lo que se podía temer de ella. No se le ocultaron la extensión y la gravedad del peligro, y quería hacer todos los esfuerzos posibles para conjurarlos sin pérdida de tiempo.

Napoleón III había regresado á Veggio á la una de la tarde. A las dos y media el príncipe Napoleón marchaba á Verona en un carruaje tirado por cuatro caballos de posta. Llegaba dos horas después y se presentaba en el cuartel general imperial austriaco. Francisco José le dió la mano afablemente y le llevó á su despacho. El príncipe ha comunicado los detalles de su entrevista al barón de Bazancourt que los ha reproducido en su notable historia de la campaña de Italia.

El emperador de Austria se expresó así: «Esta mañana he dado ejemplo de franqueza diciendo claramente al emperador Napoleón cuáles eran los límites de las concesiones compatibles con mi honor y los intereses de mi corona. Pero tened entendido que si tenéis una opinión pública á la que guardar consideraciones, yo también la tengo, y tanto más exigente cuanto que soy yo quien hace todos los sacrificios.»

El escrito redactado por Napoleón III contenía siete párrafos. Francisco José y el príncipe Napoleón los examinaron uno por uno.

I. *Los dos monarcas favorecerán la formación de una Confederación italiana.*

Este primer párrafo no suscitó objeción. La Confederación quedaba establecida en principio, y un Congreso determinaría su organización.

II. *Esta Confederación estará bajo la presidencia honoraria del Papa.*

Francisco José quiso que se suprimiera la palabra *honoraria*, pero el príncipe le decidió á conservarla.

III. *El emperador de Austria cede sus derechos sobre Lombardía al emperador de los franceses, que, según el deseo de los pueblos, los traspasa al rey de Cerdeña.*

Este tercer párrafo motivó serias discusiones.

Francisco José no aceptó las palabras: *según el deseo de los pueblos*. «Yo no conozco más que el derecho escrito en los tratados, dijo. En virtud de ellos, poseo la Lombardía: habiéndome abandonado la suerte de las armas, no tengo inconveniente en ceder esa provincia al emperador Napoleón, pero no quiero reconocer el deseo de las poblaciones, al que califico yo de derecho revolucionario. Emplead esas palabras con el rey de Cerdeña, no tendré nada que decir; pero ya comprenderéis que yo, como emperador de Austria, no puedo aceptar ese lenguaje.»

El príncipe Napoleón no insistió y las palabras *según el deseo de los pueblos* quedaron suprimidas.

Luego se suscitó otra cuestión más grave. El emperador de Austria declaró terminantemente que las dos plazas fuertes de Peschiera y Mantua no estaban comprendidas en la cesión de la Lombardía. «No puedo mandar que mi ejército evacue las plazas fuertes que ocupa y que ha conservado en su posesión, dijo; el honor me lo prohíbe. Si el ejército aliado se hubiese apoderado de Peschiera, comprendería que el emperador Napoleón quisiera conservar esa plaza; pero mis tropas están todavía en ella. Decid, pues, al emperador que aun cuando yo personalmente lo quisiera, me sería imposible ceder ninguna de mis fortalezas.»

IV. *El Véneto forma parte de la Confederación italiana, sin perjuicio de pertenecer á la corona del emperador de Austria.*

Este párrafo fué adoptado sin discusión.

V. *Los dos soberanos harán toda clase de esfuerzos, excepto el de recurrir á las armas, para que el gran duque de Toscana y el duque de Módena continúen en sus Estados, concediendo una amnistía general y una Constitución.*

Este era el punto delicado, y no era posible entenderse si no se precisaba nada.

Francisco José no admitió las palabras *excepto el de recurrir á las armas*, porque veía en ellas un llamamiento indirecto á la insurrección y un estímulo dado á los pueblos en la vía revolucionaria. Sabía, por otra parte, que Napoleón no quería en modo alguno hacer uso de la fuerza para reponer en su trono á los dos príncipes. Pero ¿cómo se efectuaría la restauración? Estábase en un callejón sin salida.

El emperador de Austria no llegó hasta el punto de exigir que los dos parientes por quienes mostraba tan vivo interés y que en el fondo, en su calidad de archiduques, eran considerados como sus lugartenientes, fuesen restablecidos en el trono por las bayonetas austriacas ó francesas. Pero dijo que el duque de Módena confiaba en poder ocupar de nuevo su ducado con el apoyo de algunos batallones que le habían permanecido fieles, y que el gran duque de Toscana no estaba lejos de entenderse con sus súbditos. Así pues, por el momento los emperadores deberían limitarse á reconocer el principio del restablecimiento de los príncipes.

VI. *Los dos soberanos pedirán al Padre Santo que introduzca en sus Estados las reformas necesarias y separe administrativamente la Legación del resto de los Estados de la Iglesia.*

Francisco José admitió las reformas, y aun reemplazó la palabra *necesarias* con la de *indispensables*, pero exigió la supresión de la segunda parte de la frase, porque, dijo, tan sólo un Congreso podía decidir si las Legaciones podían ser separadas administrativamente del resto de los Estados pontificios.

VII. *Se concede por una y otra parte amnistía plena y completa á las personas comprometidas con motivo de los últimos acontecimientos en los territorios de las partes beligerantes.*

Este último párrafo, que respondía á los sentimientos generosos de los dos emperadores, fué aceptado sin vacilación alguna.

Obsérvese que en ningún artículo se hablaba del duque de Parma. Como la duquesa regente, hermana del conde de Chambord, no había querido sujetarse nunca á la política austriaca, Francisco José no se creía obligado á defender los derechos del hijo de esta princesa. El príncipe Napoleón procuró, pues, decidirle á reconocer la anexión del ducado á Cerdeña, pero el emperador se contentó con decir: «No tratemos del ducado de Parma en estos preliminares. La duquesa regente no es princesa de mi familia; pero no puedo ceder Estados que no me pertenecen.»

La entrevista duraba ya más de dos horas sin que se hubiera llegado aún á un acuerdo sobre muchos puntos esenciales. El príncipe Napoleón hizo observar que había recibido de su soberano la orden de estar de regreso en Vaeggio á las diez de la noche lo más tarde. «Está bien, dijo entonces el emperador de Austria levantándose, pronto tendrás mi respuesta.» Y él mismo acompañó al príncipe al aposento que se le tenía preparado.

Sirvióse la comida á S. A. I., y dos oficiales del cuarto militar del emperador de Austria le hicieron compañía.

A las siete y media de la noche entró el soberano: «Aquí tenéis mi respuesta por escrito, dijo; podéis llevársela al emperador Napoleón.» El texto era el siguiente:

- 1.º Los dos soberanos favorecerán la creación de una Confederación italiana;
- 2.º Esta Confederación estará bajo la presidencia honoraria del Papa;
- 3.º El emperador de Austria cede al emperador de los franceses sus derechos sobre la Lombardía, á excepción de las fortalezas de Mantua y de Peschiera, de suerte que la frontera de las posesiones austriacas parta del radio extremo de la fortaleza de Peschiera y corra en línea recta á lo largo del Mincio hasta le Grazie; de allí á Scarzarola y Suzana en el Pó, desde donde las fronteras actuales continuarán formando los límites de Austria. El emperador de los franceses entregará el territorio cedido al rey de Cerdeña;
- 4.º El Véneto formará parte de la Confederación italiana, sin perjuicio de seguir perteneciendo á la corona del emperador de Austria;
- 5.º El gran duque de Toscana y el duque de Módena vuelven á sus Estados, otorgando una amnistía general;
- 6.º Los dos emperadores pedirán al Padre Santo que introduzca en sus Estados reformas indispensables;
- 7.º Se concede por una y otra parte amnistía plena y completa á las personas comprometidas con motivo de los últimos acontecimientos en los territorios de las partes beligerantes.

El príncipe Napoleón se persuadió de que esta era la última resolución de Francisco José, quien no aceptaría modificación alguna en este texto. El prínci-

pe le pidió, pues, que lo firmara. «No puedo comprometerme respondió el monarca, si el emperador Napoleón no se compromete á su vez. Me es imposible firmar semejantes condiciones sin estar seguro de que él las admitirá.» El príncipe Napoleón contestó: «Señor, aseguro á V. M. bajo mi palabra de honor que mañana por la mañana recibiréis este mismo papel con ó sin la firma del emperador Napoleón.»

Francisco José se decidió entonces á firmar. Luego dijo: «Hago un gran sacrificio cediendo así una de mis más hermosas provincias. Pero si puedo entenderme con el emperador Napoleón sobre los asuntos de Italia, no habrá ya motivos de discordia entre nosotros.»

Eran las ocho. El emperador y el príncipe pasaron todavía juntos un rato, pero no hablaron ya de política. Luego Francisco José acompañó hasta lo alto de la escalera al primo de Napoleón III y le dió la mano diciéndole: «Hasta la vista, príncipe, y confío en que no será ya como enemigos.»

A las diez de la noche el príncipe Napoleón estaba de vuelta en Valeggio. Cuando el emperador leyó el documento firmado por Francisco José, iluminó su rostro un rayo de alegría y abrazó cordialmente á su primo. Al otro día firmaba á su vez el papel y lo devolvía con una carta autógrafa al emperador de Austria. Quedaban definitivamente ajustados los preliminares de la paz.

## LXI

## LA DIMISIÓN DEL CONDE DE CAVOUR

El hombre que habría deseado más vivamente la continuación de la guerra era el conde de Cavour. El príncipe de La Tour d'Auvergne, ministro de Francia en Turín, censuraba acremente su política revolucionaria. Este diplomático esencialmente conservador, muy hostil á los proyectos de unidad italiana, escribía el 8 de julio de 1859 al conde Walewski acerca del primer ministro piamontés que tan osadamente preparaba ya las anexiones: «La actividad devoradora de su imaginación, su ambición, la naturaleza aventurera de su genio, prevalecen casi siempre en él sobre los consejos de la razón. Sería, pues, incurrir en un lisonjero error, cualesquiera que fuesen las apariencias, si se creyera que M. de Cavour renuncia sinceramente á valerse de los medios más ó menos leales y regulares á los cuales ha apelado á menudo y que, fuerza es confesarlo, á veces le han dado buen resultado. Por mi parte no me hago ilusión alguna. Con frecuencia me he persuadido de mi impotencia y no conozco más que un medio verdaderamente formal que oponer á las impacencias y á las veleidades de M. de Cavour, y es la voluntad firme y categórica del emperador. Fuera de esto, no veo ningún remedio.»

Tan luego como el primer ministro supo por una carta del general La Mórora que el armisticio pactado era una larga tregua de la que podía resultar la paz, no disimuló su despecho ni su enojo, y marchó inmediatamente al campamento con la esperanza de hacer que el rey y el emperador desistieran de todo intento pacífico. Al rayar el alba del día 10 llegaba de Turín á Desenzano y durante el día á Monzambano, cuartel general del ejército sardo. Víctor Manuel estaba en la quinta Melchiarri, donde recibió al ministro cuya explosión de furor no le afectó en lo más mínimo. En vano fué que M. de Cavour suplicara á su señor que no aceptara una liberación incompleta; que llamase en su ayuda á toda Italia y continuara la lucha sin el apoyo de Napoleón III. Víctor Manuel se guardó mucho de seguir tan mal consejo. Aquel mismo día, el temerario ministro vió al príncipe Napoleón, que no le dió ninguna esperanza, y á pesar de sus instancias, no pudo conseguir que le recibiera el emperador. Al otro día procuró ver de nuevo al príncipe Napoleón, pero éste había ido á Verona para tratar con Francisco José acerca de los preliminares de la paz. Cavour tuvo no-